

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE VALVERDE DEL CAMINO

2024

Luis Miguel Arroyo Arrayás

PÓRTICO

Cuando Valverde huele a primavera,

Dios ha bajado de escalón.

Sentiremos sus pasos por nuestras calles,

también parado y caído

en un rincón.

Colgado de la cruz vera,

lívido preso bajo el poder de la muerte.

¿Es este Dios-hombre el que nos salva, el verdadero?

Este Dios de su divinidad vaciado, oculto, inerte,

¿qué anuncia en esta primavera?

¿Vida o muerte?

Anuncia en la muerte vida,

en la impotencia gran poder.

Fuerza en la debilidad.

En la noche la luz del día,

resplandor en la oscuridad,

y en la aflicción, la esperanza y la alegría.

Miro al Dios encarnado en el hombre.

Y entonces veo que mi mano

capaz de asirse a lo invisible ha sido,
de alcanzar lo infinito -digo- y tiemblo.

He visto el rebrotar de Dios,
la primavera del hombre.

Hermanas y hermanos de las cofradías valverdeñas, amigos todos:

Ante los hermanos y amigos no se guarda la distancia que marca el protocolo, con el que ya he cumplido anteriormente. Permitidme, pues la libertad del trato cercano y franco.

Con los versos que acabo de recitar abro el pórtico de mi pregón y con él abro también la puerta de mi corazón. Gracias por haber venido y por estar aquí dispuestos a escucharme con benevolencia. Que el Señor me ayude a abrir también las puertas de vuestros corazones.

He escrito este pregón con temor y temblor, porque siento que las palabras que voy a pronunciar me comprometen personalmente y nos comprometen a todos. No quiero que pregonar la Pasión de Cristo sea un mero ejercicio literario. Recordar lo sucedido en Jerusalén hace ya más de dos mil años es actualizarlo. Yo he escrito este pregón y lo pronuncio ahora desde la fe, desde la convicción de que las acciones y las palabras de Jesús no son metáforas hermosas, sino que están vivas; con la convicción de que Él está vivo y presente entre nosotros, por más que hoy vivamos un tiempo de eclipse de Dios, de eclipse de Cristo y por más que su presencia no se aprecie fácilmente entre nosotros. Quizá la razón de ese eclipse de Dios radique en que la imagen que nos hemos hecho de Él sea la de un dios todopoderoso, arbitrario y hacedor de milagros; un dios infantil. Pero

esa imagen choca con el sufrimiento y el dolor presentes en el mundo y choca también con el sufrimiento y el dolor que Cristo padeció.

Por eso he querido preguntarme si la celebración de la Semana Santa -también la nuestra, aquí en Valverde- es el testimonio de la presencia viva y de la obra de Cristo y no un mero recuerdo plástico, por muy brillante que sea su belleza indudable. He querido preguntarme si nuestra Semana Santa puede ser una respuesta a quienes no creen, a quienes contemplan indiferentes el eclipse de Dios y a quienes piensan que todo esto no es más que una representación teatral mantenida por la fuerza de la tradición. A ellos, pero también a todos, les invito a descubrir en la Semana Santa un Dios diferente, un Dios que renuncia a su poder, un Dios en la debilidad, en la misericordia y en el amor a los más pequeños y alejados. Y para eso habría que volver a plantearse qué es realmente lo que se celebra en Semana Santa.

Bueno, la respuesta es bien sabida: la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Lo hemos repetido tantas veces que pasamos de largo por el misterio que esos acontecimientos encierran. Sí, he dicho *misterio*. Misterio que habita en la misma Palabra de Dios que proclama lo sucedido. Así que yo os invito y me invito a mí mismo: abramos nuestros corazones a la Palabra, tengamos fe al menos durante una hora, atrevámonos a tomarnos en serio la Pasión de Cristo durante un rato.

Escuchemos qué nos dice esa Palabra sobre el misterio que celebramos en la Semana Santa.

De la Carta de San Pablo a los Filipenses: (2, 6-11)

“Jesucristo, siendo de condición divina, no reivindicó su derecho a ser tratado igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo

vo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el SEÑOR para gloria de Dios Padre”.

Las palabras que acabamos de escuchar constituyen un antiguo himno cristológico que circulaba en las primitivas comunidades cristianas antes de que San Pablo lo incorporara a su carta a los cristianos de Filipos, en el norte de Grecia. La teología posterior ha identificado el tema expuesto en ese himno con el nombre griego de *kénosis*, que se puede traducir por *vaciamiento* o *abajamiento*. Es decir: Cristo ha manifestado su forma de ser Dios en la forma humana de siervo. Se vació de su condición divina; es decir no se aferró a ella ni a la gloria ni al poder divinos, para abrazar la frágil condición humana con todas las consecuencias, hasta el sufrimiento y la muerte, y una muerte en la cruz. Pero incluso en una situación como esa, en la que parecía estar infinitamente lejos de Dios, Cristo siguió llamando a Dios *Padre*. Por esa entrega y confianza en la que Jesús vivió toda su vida hasta su muerte, Dios lo exaltó; por eso Jesucristo es el Señor.

He aquí el gran misterio de la salvación, en la que se realiza la actuación paradójica de Dios: su poder se manifiesta en la debilidad, su salvación nos llega a través del fracaso de la cruz. Por eso este texto de San Pablo que acabo de leer concentra el núcleo de lo que celebramos en la Semana Santa, porque la cruz es la expresión culminante de la Pasión. Y por eso este himno tiene que presidir el pórtico de nuestra celebración.

Pero vayamos al principio del drama que Jesús va a vivir, vayamos a los sucesos que desencadenaron toda la Pasión, aunque en realidad la causa de la condena y de la muerte de Jesús fue toda su vida, su condición de profeta que anuncia la llegada del Reino de Dios, que pone en crisis el judaísmo religioso de su época, la ley y el culto en el templo. Vayamos al Domingo de Ramos.

El escenario debió ser magnífico. La multitud exultante -muchos niños- acompaña a Jesús que entra en Jerusalén montado en un burro por el camino de Betania y entra a la ciudad por la puerta Dorada: “¡Bendito el que viene, el Rey, en nombre del Señor!”. Algunos fariseos que contemplan la escena se alarman, pues el pueblo cree que Jesús es el Mesías prometido. “Maestro, repréndeles”. Diles que no, que están equivocados, que la verdad religiosa la tenemos y la administramos nosotros. Diles que tienen que seguir obedeciendo ciegamente nuestra enseñanzas...

Nuestra Hermandad de la Borriquita nos recrea la escena evangélica. Siempre me ha llamado la atención el hecho de que en nuestra Andalucía la cultura religiosa popular ha puesto el acento precisamente en la borriquita, hasta el punto de sustituir el nombre oficial de la Hermandad y parecer que se olvida que es Jesús de Nazaret el que va encima encima de la burra y entra en Jerusalén. Pero en realidad no es así. La religiosidad popular también es sabia y ha captado ese detalle tan rico que aparece en el evangelio. “Bendito el que viene como Rey”, gritaba la multitud. ¿Qué clase de rey es ese que no monta un hermoso caballo alazán, que no entra en Jerusalén en una carroza de lujo, sino que lo hace montado en un pobre burrillo? El mensaje es claro y se repite continuamente en los evangelios: Jesús no es Rey según el criterio del poder humano, sino que es Rey en la humildad y en el amor: “El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino servir y dar

su vida por muchos”. El que quiera ser grande sea el servidor de los demás. Y así hasta la muerte, porque la cruz va a ser el trono del Rey de los judíos.

Ahora puedo mirar con otros ojos la imagen de quien va montado en la borriquita, mientras sube trabajosamente el Cabecillo de Martín Sánchez, y entiendo mejor que la Hermandad le llame el Cristo del Amor. Y -permitidme, hermanos de la Borriquita- que yo le llame también el Cristo de la Misericordia. Y también entiendo mejor que a la imagen de su Madre la llamemos con el dulce nombre de María de la Paz y de la Esperanza, porque esa Paz y esa Esperanza están unidas al Amor y a la Misericordia de su Hijo.

AL CRISTO DEL AMOR EN LA BORRIQUITA

Por las calles de Valverde, Señor, entras en Jerusalén.

La borriquita te pasea por el Barrio y por la Plaza
y se contagia de la alegría transparente de los niños.

Parece que la burra sonríe también

entre el júbilo y las alabanzas.

¡Palmas, hosannas, himnos!

Por las calles de Valverde, Señor, entras en Jerusalén.

Y yo, tras mi capirucho rojo

ahora con otros ojos te miro

y te escucho.

Yo, Señor del Amor, quiero gritar ¡ven!

No pases de largo, entra en mi casa

y mi alma vieja en alma de niño amasa.

Pues tú dijiste, Señor, que solo quien como niño

el Reino de Dios recibe y abraza,
en él tendrá su regazo, su hogar y su paga.

Y Tú, Madre, que pronto te llamarán Dolores y Soledad,
permite que hoy Paz y Esperanza te implore mi piedad

Hay entre el gentío de las calles quien mira el espectáculo con la distancia de un escéptico, con una sonrisa que parece decir entre dientes: “ya no soy un niño, yo ya no creo”. Y, tal vez, como si estuviera roto en su interior, se mezclan en él la nostalgia por la fe perdida y también un cierto desdén. Pero, si de repente, por un milagro increíble, el indiferente, el escéptico, el ateo, sintiera un extraño deseo de rezar, y se preguntara si es verdad lo que los creyentes decimos de Dios, que es Padre de todos, de todos, también de los que no creen; si sintiese el deseo de llamar a Dios por su nombre y el deseo ese de rezar se despertase en su corazón, yo le ofrezco esta oración para que, en secreto -sin que nadie se entere- la recite el ateo en su interior.

ORACIÓN DEL ATEO

Alegría de los niños en procesión.

Dulce emoción en ojos infantiles.

Capiruchos rojos y blancas túnicas

sueñan y deslumbran al sol.

Como un niño también sueño yo.

Sueño que aquí estoy, Señor,

como ciego al borde del camino.

Ten compasión de mí.

Y sueño que tú me dices:

¿Qué puedo hacer por ti?
Señor, si es que de verdad me oyes,
que vea.
Si es que de verdad me escuchas,
que crea.
Que yo te sienta cerca de mí,
que me acompañes
cuando me pierda,
que no tropiece en las piedras
y que, mirando a mis ojos,
me des -si es que existes-,
en secreto y sin que nadie se entere,
el don de la fe.

Cuando la multitud, al igual que el entusiasmo infantil de capiruchos rojos, se disuelve, Cristo afronta las consecuencias de vivir como ha vivido y de poner patas arriba el sistema social y religioso de Israel. La gota que colmó el vaso y precipitó la decisión tomada por los poderosos de acabar con él fue el episodio del templo. Antes había puesto en duda el valor del culto oficial, al proclamar que el verdadero templo no está entre los muros cerrados, sino en el corazón de los que adoran a Dios en espíritu y en verdad. Y ahora, en el templo de Jerusalén, por el mismo motivo de purificar el culto, Jesús expulsó a los que habían convertido la casa de su Padre, la casa del encuentro con Dios, en un mercado: “Esta escrito: mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones”. La casta sacerdotal -cuyos miembros eran todos de la secta de los sa-

duceos- vio amenazado su estatus y su poder. Para ellos estaba claro: hay que acabar con ese tal Jesús de Nazaret.

En el culto del templo radicaba uno de los motivos del conflicto de Jesús. El otro motivo estaba en la ley. Jesús había proclamado la superioridad del amor y del ser humano por encima del cumplimiento de la ley. Con lo cual desautorizó a quienes se consideraban sus únicos y auténticos intérpretes, los escribas, todos ellos miembros de la secta de los fariseos, quienes exigían un cumplimiento escrupuloso de los más mínimos preceptos de la ley, pero olvidaban el amor y la misericordia. Recordad las duras palabras que Jesús dirigió contra ellos: “sepulcros blanqueados”, “hipócritas” que atan pesadas cargas a los demás y ellos no mueven un dedo para aliviarlas.

Y así fue como saduceos y fariseos, que eran enemigos entre sí, pues se disputaban el control religioso del pueblo sencillo, se aliaron para -son las palabras del Evangelio de Lucas- “quitar a Jesús de en medio”.

Jesús presentía su final. Sabía que el entusiasmo de la gente era engañoso. El pueblo esperaba un mesías en forma de rey poderoso, que devolviera a Israel su libertad y esplendor. Pero el Reino que él predicaba se basaba en el amor, el servicio, el perdón, en la primacía de los pequeños y de los desechados, de los leprosos y pecadores... El pueblo sucumbiría al complot de los poderosos, y aceptaría los dictados de los que siempre lo habían manipulado. Jesús ve que su mensaje y su conducta le conducen a la muerte. ¿Será esta un mero fracaso? Las dudas y la angustia le asaltan. La escena de la oración en el huerto nos descubre claramente el estado de ánimo de Jesús: sus dudas, su miedo, su angustia, pero también su confianza en Dios.

Antes nos dejó lo que él quiso que fuera su último mensaje en la cena de despedida, su único mandamiento, el mandamiento del amor. El Señor lava los pies de los discípulos. Y para que quedara bien claro el significado de esa acción pregunta: “¿Entendéis lo que he hecho con vosotros?” “Yo estoy en medio de vosotros como quien sirve”. Haced, pues, vosotros lo mismo. Este es también el sentido profundo de la eucaristía, el sacramento del amor. Así, el que vivió predicando con palabras y con acciones el amor, especialmente a los más pobres y desgraciados, morirá solidario con todos los que están en los márgenes de la vida. El amor, el único mandamiento que nos dejó el Señor Jesús... Cuántas veces nosotros, como nuevos escribas y fariseos, incluso dentro de nuestra Iglesia, hemos suplantado el único mandamiento del amor y la misericordia por pesadas cargas que son humanas, pero no vienen de Dios...

Estamos en la víspera de los acontecimientos más trascendentales de la historia. Por eso me vais a permitir que me atenga a la cronología de los Evangelios y altere de acuerdo con ella el orden procesional de la Semana Santa de Valverde.

Tras su apresamiento, su juicio y su doble condena (por blasfemo y por enemigo del César -eso fue lo que adujeron sus acusadores-), Jesús el Nazareno ha tomado su cruz, ese instrumento de tortura insoportable, y se encamina dolorosamente al Calvario, el lugar de su ejecución.

No deberíamos acostumbrarnos a la escena. Sacamos en procesión en nuestro Jueves Santo valverdeño la bella imagen que talló Castillo Lastrucci en 1940 y nos emocionamos al verla mecida con fervor por los costaleros que la lle-

van en su espléndido paso. Y, sin querer, la piedad popular, la costumbre, la hermosura de la estampa que contemplamos en la Plaza, en la calle Arriba, en la estrechura de la puerta de nuestra iglesia parroquial, han dulcificado la historia y confundido el sentido de lo que debe ser nuestro verdadero consuelo. Si lo pensamos en profundidad, no deberíamos acostumbrarnos a la Pasión de Cristo.

Y para no acostumbrarnos empecemos sorprendiéndonos por el título que damos a una advocación muy andaluza: Nuestro Padre Jesús Nazareno. Siempre me he preguntado por qué llamamos a Jesucristo, el Hijo de Dios con el nombre que corresponde al Padre en la Trinidad y así decimos nuestro Padre Jesús Nazareno, nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas.

La advocación de nuestro Padre Jesús es antigua. La primera referencia documental se remonta al año 1633, en Málaga. Durante la primera mitad del siglo XVIII se extiende por toda Andalucía y numerosas cofradías que antes se llamaban de Jesús Nazareno incorporaron a sus reglas la advocación de *Nuestro Padre Jesús*, dando así nombre a sus hermandades.

Pero lo que más nos interesa aquí es su significado como título cristológico. El título de Padre se corresponde con el amor y el cuidado que nos regala aquel a quien debemos la vida. Pero hay más. El Evangelio de San Juan nos cuenta el diálogo que mantuvo Jesús con Nicodemo, ese fariseo que reconocía que Jesús venía de parte de Dios. Jesús dice a Nicodemo: “Te lo aseguro, el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios”.

Nacer de nuevo significa, convertirse en un hombre nuevo, que es precisamente la condición que debemos a la obra de Cristo. Así, el Nazareno es, en este sentido, nuestro Padre, al que debemos una vida nueva. Y si Jesús es nuestro Pa-

dre, eso nos convierte a nosotros en hermanos y por eso formamos una hermandad. Una cofradía que debe intentar seguir el ejemplo de su Padre Jesús.

Imitar a Jesús... Demasiadas veces a la misma Iglesia, a nosotros mismos, que formamos parte de ella, no nos resulta nada fácil imitar a Jesús. El Nazareno nos descoloca. Y es que los evangelios nos lo presentan como un hombre que provoca: es amigo de publicanos y pecadores y al mismo tiempo crítico con los que se consideraban a sí mismos como los buenos, los rectos y los piadosos, pero que se quedaban solo en las formas externas y vivían sin corazón, sin amor. Frente a ellos y frente a sus intransigencias legalistas, Jesús predicó y practicó el cuidado, la compasión y la misericordia con los marginados y los perdidos, como hace un verdadero Padre con su hijo descarriado.

Y ahora caemos en la cuenta de que en ese amor misericordioso de Padre radica el poder de Jesús, el Gran Poder de nuestro Padre Jesús. Él no tiene el poder de los poderosos, sino el poder del amor. Ese debe ser el verdadero motivo y fundamento de nuestro consuelo: la inagotable misericordia del Gran Poder de nuestro Padre Jesús.

Veo alejarse por la calle, camino de la Plaza a nuestro Padre Jesús Nazareno y me sale del alma hablarle así a Él:

A NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO

Mira que eres raro, Señor.

Nos enseñaron que eres juez implacable,

con los pecadores y los impíos,

con los escépticos e incrédulos,

con los vencidos por el mal, irremediables.

Según nos advirtieron tenías que ser
rey omnipotente y dominador
con armas invencibles.
De hombres, cielo y tierra emperador.
Te imaginábamos sentado en tu trono,
como todo rey que se precie,
fulminando con tu poderío
a los pecadores y a los impíos,
a los que se ríen de tu palabra y de tus ministros,
a los que desprecian tus leyes y tus interdictos,
Mira que eres raro, Señor.
Resulta que no castigas ni avasallas ni dominas.
Ni siquiera a creer en ti obligas.
Resulta que eres Padre, Tú, el Nazareno.
Y predicas el amor y el servicio.
Y te haces amigo de los considerados despreciables,
de los que -dicen- no tienen remedio
ni sienten el amor de los hombres ni su aprecio.
Y tomas, como un siervo, la cruz para ascender
hacia el Calvario sombrío,
mostrando en el amor, Padre nuestro,
tu Gran Poder y tu verdadero señorío.

Según el Evangelio de Lucas, tras Jesús Nazareno con la cruz a cuestas, iban algunas mujeres llorando. Entre ellas debía ir también su propia madre, pues después nos la encontramos en el Gólgota, al pie de la cruz.

María, traspasada de dolor. Una muy antigua tradición cristiana que se remonta al siglo VIII puso nombre a esa advocación: Nuestra Señora de la Compasión, posteriormente llamada Nuestra Señora de los Dolores. En el siglo XII se celebraban los cinco gozos de la Virgen, a los que se añadió la costumbre de recordar los cinco (que luego serían siete) dolores de la Virgen. Los religiosos servitas extendieron esta devoción por todo Occidente con el propósito de poner a María como ejemplo de entrega y fidelidad a Dios, incluso en medio de los dolores de la vida, y, como proclama la tradición servita: permaneciendo bajo la cruz. La iconografía representa a la Virgen de los Dolores con una espada clavada en el pecho, en recuerdo de la profecía de Simeón, quien vio a Jesús niño cuando sus padres lo presentaron en el templo. Según el relato del Evangelio de Lucas, Simeón tomó al niño en brazos y dijo: “Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel y para señal de contradicción”. Y dirigiéndose a María le dijo: “A ti misma una espada te atravesará el alma”.

La profecía se cumplió al pie de la letra en la vida de María. Su hijo se convirtió en señal de contradicción y de escándalo para muchos. Y ella tuvo que vivir acompañada por el dolor que, como madre, tenía que sentir ante los problemas derivados del mensaje peligroso predicado por su hijo y de su forma de actuar durante toda su corta vida. Y ese dolor llega a su punto culminante ante el tormento de la cruz y de la muerte de Jesús.

(COMIENZA VIRGEN DEL VALLE)

Qué lejos parecen quedar las palabras del *Magnificat*, con las que María expresaba su alegría, proclamando la grandeza del Señor que ha mirado la humillación de su esclava y augurando que la felicitarán todas las generaciones. Ahora, por el contrario, la imagen de la Virgen de los Dolores, aunque esté acompañada por dulces y brillantes melodías, a la vez románticas y castizas, refleja el amor y el dolor, la vida y la muerte, el espanto ante el sufrimiento cruel e injusto, incluso absurdo para nuestro humano entender, porque quien muere es el hijo bueno de sus entrañas, pero es también el Hijo del Dios todopoderoso. ¿Cómo entender, como aceptar todo ese drama? Pero María había dicho *sí* al insondable misterio de Dios y ese *sí* fue para toda su vida, hasta el camino del Calvario, hasta el pie de la cruz.

A LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Dios te salve, María,

Dulce Madre de los Dolores,

conforta tú mi dolor.

Escucha, Virgen de la Compasión:

mi fe es como una lámpara,

pero su luz apenas un temblor.

A ti, que por decir *sí*

al más oscuro misterio,

al más imposible milagro de Dios,

a ti que vas con el puñal del dolor hundido

tras el hijo azotado y abatido,

a ti ahora te digo:

Dios te salve, María.

Por tus siete dolores
hay luz en el mundo
y esperanza y alegría.
Por eso te imploro
en esta nacida primavera
que ilumines mis angustias primeras,
que me alumbre tu luz también en la hora final.
Y que cuando mi vida a ella se encamine,
estés a mi lado, tú,
Madre del Reposo y de la Paz.

Nuestro Padre Jesús sube hacia el Gólgota.

“Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, a que llevara la cruz de Jesús”.

Permitidme que llegados a este momento os abra una puerta secreta de mi memoria y de mi corazón, y tenga un recuerdo especial para mi padre. Cuando yo era niño salía de capirucho en la procesión del Señor del Santo. Acompañaba a mi padre, también capirucho. Pero solo hasta llegar a la ermita. Allí se repetía todos los años la misma escena. Él me decía: “Vete con los demás niños y ponte en la fila cuando os lo digan”. Y desaparecía. No lo volvía a ver hasta el amanecer, al finalizar la procesión, y regresábamos callados a casa. Era como si el silencio de la procesión se hubiera apoderado de nuestros corazones. Al llegar a casa iba directo al cuarto de baño antes de acostarse. Me acostumbré a este ritual sin darle mayor importancia. Pero mi padre guardaba un pequeño secreto que un día descubrí. Aquel año, al finalizar la procesión le vi en un rincón de la ermita poniéndose los

calcetines y los zapatos. Salía descalzo; por eso al llegar a casa se lavaba siempre los pies. También descubrí que algunos años llevaba auestas una cruz. Nunca me lo quiso decir. Era como si recordara el consejo evangélico referido a la humildad: “Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda”. Mi padre era uno más de los cofrades anónimos y callados. No lo olvidéis: sin estos cofrades no hay cofradía. Al traer aquí el recuerdo de mi padre quiero homenajear a esos muchos cofrades anónimos que todavía hoy siguen haciendo hermandad.

Diréis -con razón- que esta historia no tiene mayor importancia. Pero se ha quedado grabada en mi memoria de niño capirucho y hoy para mí adquiere un nuevo significado, porque es un símbolo de la vida real: mi padre, en secreto, llevaba, sin duda, sus pequeñas cruces, las cruces de la vida que todos llevamos auestas. Cuánto hubiera deseado ser su cirineo tantas veces y tal vez no lo fui... Todos nosotros llevamos nuestras cruces auestas y todos podemos ser cirineos de los que caen bajo el peso de su cruz, y de esa manera podemos ser cirineos del mismo Cristo. Recordad sus palabras: “Lo que hagáis a uno de estos pequeños a mí me lo hacéis...”

También en esto Cristo es un ejemplo para nuestras vidas. En un antiguo canto de cuaresma se escuchan estas palabras: «Bajo el peso de la cruz Jesús acoge al Cirineo». Son palabras que dejan entrever un cambio total de perspectiva: el Hijo de Dios condenado aparece en cierto modo *dando su cruz* al Cirineo. ¿Acaso no fue Él quien dijo: “El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí”? Tomar la cruz auestas, la propia y las de los demás, es seguir a Cristo.

Señor de las Tres Caídas, ahora comprendo mejor el sentido de tu Gran Poder y por qué Valverde enmudece y ora cuando pasas por sus calles. Me paro

ante ti y miro de manera nueva tu mirada y tu rostro renegrido y humillado, tú, Cristo en tierra caído. Y de repente dudo: no sé si pedir tu ayuda o dártela yo a ti. Y en ese momento escucho tu voz, en las palabras que dijiste al apóstol S. Pablo cuando pasaba por momentos de duda y flaqueza: “Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad... y porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”. Señor del Santo, sé tú nuestro cirineo y ayúdanos a ser cirineos de los demás.

Al Gólgota sube nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas por la Cuesta del Santo. En el clarear de la madrugada, Él escucha la oración callada de quien le porta cuesta arriba sobre su costal: la oración del costalero, del que nunca parece rezar, porque reza en silencio, sin hablar; reza con su paso racheado, bajo las bajaderas, con su costal. Pero, en medio del silencio, Cristo sí que oye su breve oración:

ORACIÓN DEL COSTALERO

Muchos creen, Señor, que soy fuerte,
porque te llevo sobre mi costal.

Pero yo quisiera, Señor, ser de cera
para que tu imagen esculpida,

esculpida dejara en mí

tu huella de verdad,

Para, como tú hiciste en Galilea,

cargar sobre mis hombros

con el dolor de los demás,

de los que caen por el camino

y no encuentran cirineos

que les ayuden a caminar.

El trabajo de los costaleros y el sonido de sus pasos van inevitablemente unidos, en nuestra memoria y en nuestros sentimientos, a la música que envuelve y da forma a nuestra Semana Santa.

En este momento, y con permiso de todos vosotros, voy a dejar hablar otra vez a mi corazoncito para rendir con emoción un merecido homenaje a los músicos valverdeños, a todos los que fueron y a todos los que ahora son. En especial - no lo puedo evitar- a mis queridos compañeros de nuestra Real Agrupación Artística (hoy no están aquí en el escenario, pero están continuamente poniendo su música en los cultos de todas nuestras hermandades), y a mis queridos compañeros de nuestra Banda Municipal. Nos hemos acostumbrado a su presencia habitual en Cuaresma y en Semana Santa, y a veces no somos conscientes de la riqueza musical y espiritual de la que disfrutamos gracias a todos ellos. ¿Sería Valverde igual sin su presencia? No lo creo. Por eso quiero expresar en este momento mi gratitud más sincera y más profunda a estas dos instituciones musicales valverdeñas que a todos nosotros tanto nos han dado.

Porque la música no es un adorno más. La música es un lenguaje y es también un lenguaje teológico, un hablar sobre Dios y un hablar a Dios; o sea, una forma de oración. Debéis saber que en la música el silencio es fundamental. Todas las partituras tienen silencios; sin silencio no hay música. Y como en la música, lo mismo sucede en la vida: no hay vida sin momentos de silencio. Es verdad que hay silencios no buscados, que incomodan y aplastan. Pero también hay silencios deseados, que fructifican y nos dan sentido y nos llenan de paz. Así es el silencio de la *Madrugá* valverdeña: no se trata de un silencio opresivo, sino inspirador de recogimiento y de contemplación, como sucede también a veces en nuestras pro-

pías vidas. Ese silencio habla al alma por los pasos apenas audibles de los costaleros y habla al alma por la música. Silencio y música: dos formas íntimas de recogimiento y de oración.

Como el costalero, el músico nunca parece rezar, porque va concentrado leyendo su partitura. Pero en eso puede consistir precisamente su forma de devoción y de oración. La gente oye hermosas melodías, pero tras ellas a veces se elevan, íntimamente, desde el silencio más oculto del alma del músico, sentidas plegarias, incluso quejas, que solo Cristo sabe escuchar e interpretar.

ORACIÓN DEL MÚSICO

Señor, por músico te tengo,
en la música te oigo y te siento.

Tú compones melodías,
Tú haces música con nuestras pobres vidas,
cuando cantan de alegría
y cuando no tienen alivio sus heridas.

La partitura que para mi vida escribiste, Señor,
no siempre suena con armonía.

¿Quién desafina, tu voz o la mía?

Más tú, el supremo maestro, no puedes desafinar.

Por eso, Señor, te pido:

no me dejes solo,
ayúdame a no desentonar.

Y cuando la música de mi vida
sea difícil de medir y de tocar,

mantén tú por mí el tono y el compás.

Hay momentos sublimes en el silencio de nuestra *Madrugá*. Uno de ellos se produce cuando en la Cuesta del Santo suena la marcha *Al Gólgota sube*. Aunque la composición es obra del gallego Juan Ramón de Prado, los valverdeños podemos decir que es nuestra por adopción y está grabada en nuestros corazones, tanto en su versión coral como en su versión para banda:

Al Gólgota sube,
por darnos la vida,
del leño homicida
cargado Jesús.

(AL GÓLGOTA SUBE)

He desplazado el Miércoles valverdeño al Viernes Santo, porque el relato evangélico así lo cuenta: Jesús llegó finalmente al Calvario, llegó a la hora suprema de toda su vida. Allí fue crucificado el justo entre dos ladrones. Los Evangelios nos han transmitido las siete palabras que pronunció antes de morir, que fueron la expresión de sus últimos sentimientos, en los que se mezclan la duda y el dolor, pero también el amor, el perdón y la aceptación de su misión: “Todo está cumplido”, dijo Jesús. La devoción popular puso nombre a esta escena: Cristo de la Buena Muerte.

Yo necesito detenerme un momento para compartir con vosotros mi extrañeza y mi asombro ante la advocación de la que estoy hablando: Cristo de la Buena Muerte ¿Pero puede existir una buena muerte? Que a nadie choque ni escandalice mi pregunta. ¿Quién acepta sufrir el espantoso tormento de la cruz? ¿Qué hombre inocente puede desear morir y hacerlo además en esas terribles circunstancias? Cristo es el Hijo de Dios, sí. Pero también era hombre. Por eso le escu-

chamos clamar en un arrebató de angustia y desolación: “¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?” He ahí, en este grito, todas las quejas de los justos maltratados y vencidos concentradas; concentradas todas las angustias humanas y las preguntas desesperadas; todo el sufrimiento humano condensado. Y por eso a nosotros nos asalta también la pregunta más inquietante: ¿cuenta el dolor humano para Dios? ¿Dónde está Dios cuando el inocente sufre?

Un judío, precisamente un judío, como el crucificado en el Gólgota, tuvo que enfrentarse, como tantos otros hombres inocentes a lo largo de la historia, a esa pregunta angustiosa. Se llamaba Elie Wiesel, antiguo prisionero de los campos de exterminio nazis. Él nos cuenta la escena que tuvo que vivir en Auschwitz. Aquel día colgaron a tres prisioneros en la horca. Uno de ellos era un niño, apenas un adolescente. Wiesel, como el resto de compañeros tuvo que ver cómo el chico, debido a su poco peso, agonizó colgando durante media hora. Entonces, en la fila de prisioneros, a su espalda, escuchó la pregunta que alguien hacía a media voz: “¿Dónde está Dios?”. Wiesel sacó apenas fuerza de su interior y contestó: “¿Dónde está? Ahí está, está colgado ahí, de esa horca...”

La cruz es el centro de la teología pascual, la máxima expresión del amor de Dios. Pero es también la máxima expresión de la *kénosis*, es decir de la revelación de un Dios que nos salva precisamente en su debilidad. La muerte de Jesús en la cruz es consecuencia de su renuncia al poder divino. Pero solo así, mediante el abajamiento y la impotencia humana de Cristo, se hace realidad el Reino de Dios. Solo así es exacto el título de la tablilla que Pilatos mandó clavar en la cruz: “Jesús de Nazaret, Rey de los judíos”.

Cuando aquel Dios bueno de la infancia, al que acudíamos para que nos hiciera milagros según nuestros deseos y necesidades, se esfuma en nuestras vi-

das; cuando se hace de noche en el interior más profundo de nuestra existencia, surge la pregunta ¿dónde está Dios? ¿dónde encontrarlo? Y entonces la imagen del Cristo de la Buena Muerte nos sugiere la respuesta: a Dios no le encontramos en las alturas celestiales, sino a nuestra altura, a la altura de la cruz, a la altura de un hombre llamado Jesús atado a su impotencia. Si en estas circunstancias sentimos que todavía hay esperanza, entonces nos hemos encontrado con Dios, con el Dios que, a pesar de todo nos pide que sigamos confiando en Él. Eso es creer y eso es encontrar a Dios, fiarse de Él, como hizo Jesús. Esta es la manera cristiana de entender el grito estremecedor que se escucha en la cruz: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?” y este es el motivo por el que llamamos Buena Muerte a la muerte de Jesús. Sus últimas palabras lo confirman: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Contemplo ahora, emocionado, nuestro magnífico Crucificado tallado por Enrique Pérez Comendador y le confieso, mirando a su rostro, que, desde criterios puramente humanos, cuesta trabajo entenderle.

AL CRISTO DE LA BUENA MUERTE

Ahí estás, Cristo de la Buena Muerte,

ahí estas, muerto y abatido.

Un rey de espinas coronado,

en tu trono de sangre crucificado.

Es preciso, Señor, que de la cruz bajes:

¿de qué sirve, pobre mío, un Dios vencido?

Mas tú has querido abdicar de tu poder.

De tu grandeza, Señor, te has librado

para ser un Dios cuyos brazos amantes,
extendidos en la cruz y de amor gastados,
abrazan y sostienen a toda la humanidad.
Lo que en la cruz parece solo un instante
para todos los hombres es la eternidad.

Ahí termina la historia, porque lo que viene después trasciende la historia y entra en otra dimensión, en la dimensión del misterio incomprensible, del misterio de la gloria de Dios, la gloria de la resurrección. Respecto de los discípulos de Jesús nosotros jugamos con una ventaja. Para ellos en el viernes más triste de la historia, en la cruz, terminó todo; también la esperanza. Pero nosotros hemos recibido de esos mismos discípulos el testimonio del anuncio de la resurrección y por tanto el fundamento de nuestra esperanza. Sin embargo, en la tradición de nuestra Semana Santa se ha querido todavía detenerse en la contemplación del Entierro de Jesús y en la Soledad de María, su madre. Y en ese momento -yo así lo creo- solo queda callar, orar y esperar con esperanza.

Cuando la procesión del Santo Entierro sale por la puerta de la ermita tengo la costumbre de dejar de tocar un instante mi tuba y contemplar la imagen del Cristo yacente, que no me parece nunca una imagen fría e inerte, teñida de lividez mortal. Siento mas bien que todavía escucha, que se le puede hablar. Me imagino de nuevo que vuelvo a ser capirucho; me imagino rezar así tras el antifaz.

ORACIÓN DEL CAPIRUCHO

Después de haberte visto muerto en la cruz
y llevado hacia el sepulcro ahora,

después de asombrarme por tu extraño Gran Poder,
sé que todavía puedo hablarte y Tú me puedes entender.

Dime que cuando te hablo, Tú, Cristo yacente,
oyes mis palabras, apenas un murmullo silente.

No permitas que te haga a mi medida, que te invente.

Muéstrate siempre original y descolócame.

Que nunca te comprenderé del todo, recuérdame.

Por creer que no puedes sorprenderme, perdóname.

Tu presencia salvadora, prométeme.

Y cuando esté sumido yo en la sombra y en la duda,

dame, Señor, tu mano y tu confianza.

Dime que vives en mí, Tú que estás muerto.

Dímelo fuerte, te lo ruego.

Hazte presencia viva en mi vida,

Dios de mi esperanza.

La tradición de los siete dolores de la Virgen habla del entierro de Jesús como el séptimo dolor de su Madre. Desde antiguo se le puso nombre propio a este dolor: María de la Soledad. ¿Qué otro nombre podría nombrar mejor el dolor de una Madre que después de estar al pie de la cruz tiene que despedir a su Hijo, a su ser más querido? Soledad por la ausencia del Hijo, pero también Soledad por la ausencia del Padre, a quien ella, cuando era una jovencita en Nazaret, dijo *sí*, *“hágase en mí según tu palabra”* para cumplir así sus designios de salvación. ¡Cuántas preguntas, cuántas angustias -¿“qué ha sido mi vida”? ¿“qué ha sido mi confianza en Dios”?- imagino en la mente de María, en su corazón, en estos mo-

mentos de suprema Soledad. Perdonadme por lo que acabo de decir: parece una falta de respeto. Pero no, no es poner en duda la fe de María. Es ponerme yo en su lugar de humano dolor y de humana soledad. Ella era la Madre de Jesús, pero dijo *sí* al Padre, con todas sus consecuencias. Perdonadme por mi atrevimiento. Y perdóname, tú, Virgen María.

A LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

Tú eres quien comprende lo que yo no entiendo,
quien escribes con mis garabatos los versos más ciertos.

Eres quien me orientas en mis laberintos
y quien disipas mis abatimientos.

En mis dudas el ancla al que me aferro.

Eres en mis noches el faro que me guía a puerto.

Eres la promesa creída frente a mi descreimiento.

María de la Soledad, acompáñame en mis soledades,
en mis más oscuros momentos.

Sé tú mi madre bendita en mis orfandades.

En las dudas de fe sé tú mi sustento,
las manos que me amparen en mis desfallecimientos.

María de la Soledad, enciende en mi corazón
la luz que brilló al tercer día,
la dicha de la resurrección.

Sé tú mi guía.

Dios te salve, María

La Semana Santa no termina con el triunfo del mal y de la muerte. Los Evangelios y el Libro de los Hechos dan testimonio de la resurrección de Cristo. Sin la resurrección nada de lo sucedido tiene sentido. “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe”, dice San Pablo. Y yo me permito añadir: vana es también nuestra esperanza. Recuerdo ahora, al final de este pregón, las palabras del himno contenido en la Carta a los Filipenses, que proclamé al principio: puesto que Cristo se rebajó hasta la muerte, “por eso Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el SEÑOR para gloria de Dios Padre”. La resurrección desvela el señorío de Cristo sobre la historia.

Sí, Cristo es el Señor. Pero ¿Qué clase de Señor? ¿qué clase de Rey?

El Evangelio de S. Mateo responde a esta pregunta cuando describe mediante la imagen poderosa del juicio final en qué consiste el señorío y el reinado de Dios. Al final de los tiempos Cristo vendrá como un rey glorioso para juzgar a todas las naciones. Y dirá a quienes están a su derecha: “Venid, benditos de mi Padre y tomad posesión del reino... porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui emigrante y me acogisteis, estuve en la cárcel y enfermo y me visitasteis... Lo que hicisteis con uno de esos mis hermanos más pequeños conmigo lo hicisteis”. Ahí está la verdad de la fe y de la conducta cristianas: que Cristo, el Rey glorioso y triunfante no es un Rey poderoso, caprichoso y dominador, sino que sigue siendo el Cristo del amor, el Rey que sirve a los más sencillos, a los que no cuentan, a los que están al margen; el Rey de la fuerza en la debilidad, el Rey de la esperanza en la desesperanza, el Rey de la vida que atraviesa y vence a todas las muertes. Esa es la verdadera riqueza de su Reino, ese es

el Reino que Dios quiere. Y nosotros, cristianos de todo el mundo y nosotros, cofrades de Valverde, estamos llamados a construir ese Reino.

Por eso seremos juzgados. ¡Ah, el juicio final! Con esa idea nos asustaban en aquellas predicaciones tremebundas que nos abrumaban de miedo y culpabilidad y que nos advertían del castigo eterno! Pero la fe cristiana no puede inspirar miedo, sino confianza. Nosotros no tenemos miedo ante el juicio final, porque conocemos de antemano las preguntas del examen que tenemos que aprobar. Como escribió S. Juan de la Cruz: “Al atardecer de la vida nos examinarán del amor”. Esa es la única pregunta del examen final. Sí, a nosotros, cofrades valverdeños, nos examinarán del amor. No nos preguntarán por los candelabros de plata, brillantes, ni por el palio magnífico, ni por los mantos bordados ni por los claveles en las canastillas de los pasos sembrados, ni siquiera por las varas sujetas en nuestras manos con orgullo... No digo que todo esto no sea bueno ni tenga un sentido y un valor. No. Lo que digo es que lo más importante y necesario es el amor. Porque, aunque tuviéramos una fe que mueve montañas, si no tenemos amor, nada somos.

Y como necesitamos ayuda para comprender y vivir el compromiso del amor, pidamos a nuestra Madre María, para que ella, que sufrió todos los Dolores por su Hijo, nos sostenga en los nuestros. Que ella misma, que sufrió la más grande Soledad, nos acompañe en nuestra soledades. Que nuestra Madre María nos dé la Paz y la Esperanza, y que -como todos los valverdeños la llamamos- nos dé el Reposo que anhelamos para nuestras vidas.

Y antes de concluir, permitidme, amables oyentes que me habéis escuchado, queridos amigos, que mi última oración se dirija al Señor que ha vencido a la muerte y nos ha mostrado su rostro de una manera sorprendente:

EPÍLOGO

Cuando esta Semana Santa haya pasado
elevaré de nuevo mis ojos a ti, Señor,
mi mirada asombrada.

Siempre me dijeron que estabas arriba,
que eras poderoso, omnisciente y juez,
a la vez justo y misericordioso.

Que legiones de ángeles te servían,
que, como los soberanos de la tierra,

Tú también tenías corona, manto y anillo de rey.

¿Cómo imaginarte, entonces, sin esos atributos?

Si tú eres un Dios sin poder,
primero bajo el peso de la cruz arrodillado
y en ella colgado después,
todo se tambalea.

También mis costumbres e incluso mi fe.

Pero así quisiste ser, Señor:
un Dios al revés,
sin rango divino,
plenamente humano,
sin incienso, sin letanías,
dejándote Tú mismo en mis manos
como pan de cada día.

No quiero quererte para que me hagas milagros,
para que me muestres tu poder,
sino para que se haga tu voluntad,
sirviéndote sin condiciones ni requisitos,
hasta el corazón abrirse a una muerte serena
y con sentido.

Hasta ver tu rostro de resucitado,
de vida eterna, de luz y de paz.

Amén.